

Eduardo Lago

Todos somos Leopold Bloom

Razones para (no) leer el *Ulises*

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: junio de 2022

© Eduardo Lago, 2022
Reservados todos los derechos
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 8409-2022
ISBN: 978-84-19075-65-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Nota preliminar

El origen de este libro está en las diversas solicitudes que con motivo del centenario de la publicación del *Ulises* empecé a recibir pidiéndome permiso para reproducir dos textos míos: «Todos somos Leopold Bloom» y «El íncubo de lo imposible». El primero es el título de una conferencia que dicté en las Bibliotecas Nacionales de Madrid y Buenos Aires en junio y julio de 2015, y es el germen de la presente guía.

«El íncubo de lo imposible» es el título de un ensayo que se publicó en *Revista de Libros* en 2001 en el que comparaba las tres traducciones al español de la novela de Joyce entonces existentes. De este ensayo, que obtuvo el premio Bartolomé March al mejor artículo de crítica literaria del año, reproduzco, convenientemente modificadas, las secciones dedicadas a evocar la figura de Joyce. La explicación de la cuidadosa arquitectura de la novela unifica, ampliándolas, las tablas explicativas expuestas de manera sucinta en ambos textos.

En cuanto al esquema que aparece al principio de cada capítulo, indicando su configuración interna, es una síntesis simplificada de dos mapas de la novela

elaborados por Joyce, conocidos respectivamente como *esquema Linati* y *esquema Gilbert-Gorman* (nombres de los especialistas, críticos o traductores a los que iban dirigidos). Joyce los tuvo presentes al escribir la novela, lo cual les confiere un considerable valor simbólico, además de que pueden proporcionar un punto de apoyo a la lectura. Por lo que se refiere a los títulos homéricos de los capítulos, aunque técnicamente no son parte de la novela, en realidad forman parte de su fondo psicológico y su armazón conceptual. Son muy pocas las ediciones que prescindan de ellos.

INTRODUCCIÓN

El manto de Penélope

I. UN LIBRO QUE ES TODOS LOS LIBROS

Hay libros en los que cabe la totalidad de la experiencia humana, libros cuya lectura nos explica lo que somos, libros en los que caben todos los libros, el resto de los libros, los que están ya escritos y los que están por escribir, libros que cuando se cruzan en nuestro camino cambian el curso de nuestra vida. Quienquiera que esté leyendo estas líneas tiene en su cabeza un canon literario personal, firmemente consolidado para quienes tenemos detrás muchos años de lectura, a medio formar o empezando a hacerlo para los más jóvenes, un canon literario del que se es vagamente consciente, aunque si nos detuviéramos a pensar y formuláramos con nitidez la pregunta, veríamos surgir los títulos de esas cuantas novelas que en algún momento jugaron un papel importante, determinante tal vez, en nuestra vida. Dentro de esta experiencia, necesariamente marcada por el signo de la autenticidad, la aparición de unos autores y unas obras es algo que en buena medida viene determinado por el azar. Hagan el ejercicio ahora. Piensen por

unos momentos en cuáles fueron esos dos, tres, cinco, tal vez más, libros fundamentales que un día entraron en sus vidas para cambiarlas, y desde entonces forman parte de ellas, convirtiéndose para ustedes en un lugar al que regresar. O no. No busquen deliberadamente, dejen que el título o títulos irrumpan espontáneamente en la pantalla de la memoria. Las razones por las que una obra literaria ocupa un lugar de relevancia de manera permanente en nuestras vidas pueden ser de muy distinta índole. No se trata de una cuestión estricta de excelencia literaria, o no solo.

En mi caso, la lectura que más me afectó jamás a nivel emocional, estético e intelectual, por ese orden, probablemente fuera *Rojo y negro*, de Stendhal, pero esto no quiere decir que sea el mejor libro que he leído, solo el que más hondo caló cuando apenas era un adolescente. No lo he vuelto a leer después. De manera sin duda más profunda, *Anna Karenina* cambió mi percepción del mundo y dibujó un mapa nuevo de mis sentimientos. Podría seguir añadiendo títulos o autores que dejaron en mi sensibilidad literaria una huella que jamás se borraría. Entre los nombres de creadores cuyo descubrimiento cambió a una edad muy temprana las cosas para siempre figuran Kafka, Shakespeare, Cervantes, Faulkner, Conrad, Mann, Dostoievski, Homero... Ninguna obra me ha conmovido de manera tan profunda como lo ha hecho y sigue haciéndolo *En busca del tiempo perdido*, un libro cuyo desarrollo circular propicia, después de la primera lectura, un recorrido

que no tiene fin. Entre un volumen y otro puede darse una pausa de años, y al llegar al séptimo, *El tiempo recobrado*, se vuelve al principio mismo de la saga, como quien regresa a casa después de un largo viaje donde ha sucedido de todo, como le ocurrió a Ulises. A los libros importantes se regresa irremediablemente, como decían Faulkner y Dostoievski a propósito de *Don Quijote*. El primero de ellos afirmó que volvía cada año al texto de Cervantes para ver qué cambios se habían producido en su propia alma. Con ser larga ya la lista que he evocado, es mucho lo que queda fuera, de manera irremediable, libros irrenunciables que en su día modificaron la estructura misma de mi sensibilidad: ¿Qué hay comparable a la grandeza sublime de Melville, el desgarramiento trágico de *Bajo el volcán*, el vértigo épico de *El doctor Zhivago*?

Cada uno de estos títulos o autores es una llamada en la oscuridad y solo evocarlos despierta una emoción extraordinariamente intensa en mí, haciendo que brote el fuego líquido del lenguaje, un fuego que al apagarse, como en un proceso alquímico, cristaliza en un paisaje anímico de colores nítidamente plasmados. Dentro de la selva de títulos de los que no me resulta posible desprenderme, hay uno al que como escritor siento la necesidad de regresar constantemente. O tal vez sería más exacto decir que jamás he salido de él, porque como creador lo que encuentro en él es inagotable. No sitúo necesariamente al *Ulises* de James Joyce por encima de ninguno de los libros que he nombrado. El *Ulises* se

cruzó en mi camino cuando yo tenía diecisiete años y desde entonces no he dejado de volver a él. ¿Cómo hablar de un libro así? ¿A qué responde la fascinación que ejerce, solo comparable a su legendaria dificultad?

El *Ulises* es como un gigantesco inventario de recursos que su autor pone a disposición de quienes formamos parte de su gremio. Uno no ha de acercarse a él de manera servil, sino interesada, para hacerse con aquello que podamos después utilizar mejor. El mensaje está profundamente cargado de sentido porque después de Joyce la novela como género se transformaría para siempre. La lección que extrae el escritor joven que se acerca por primera vez al texto es que no es legítimo seguir escribiendo como lo hacía hasta entonces.

Joyce plantea a quien se acerca a su libro un desafío que entraña un altísimo nivel de exigencia ética y estética. Hay muchas formas de relacionarse con él. El *Ulises* pertenece a una singular categoría: la de los libros que expulsan al lector de sus dominios, que incluso no permiten su entrada, debido a su dificultad. Hay libros que tienen a gala esta cualidad. Algunos de los que ocuparon un lugar de particular relevancia en mi canon personal son *Paradiso*, de José Lezama Lima, algunas novelas de Thomas Pynchon y, más recientemente, *La broma infinita*, de David Foster Wallace, aunque confieso que ninguna de estas obras me parece que vaya a resistir el paso del tiempo como lo ha hecho el libro de Joyce. Más allá de eso, el *Ulises* pertenece a un club singular: el

de los libros que la gente afirma de manera enfática adorar y de hecho celebra sin haberlos leído. Es el caso, para millones de personas de todo el mundo, de *Don Quijote*, *Hamlet* o *Las mil y una noches*, por poner tres ejemplos dispares. Son innumerables las personas que sueñan y sienten a través del cedazo narrativo de *Las mil y una noches*, sin haber leído más de unas cuantas páginas del libro, normalmente adaptadas a la sensibilidad infantil o juvenil. Se trata de una forma de espejismo extraordinariamente sugerente y sucede con frecuencia. Un buen ejemplo es *Robinson Crusoe*, la primera novela escrita en inglés. De niños, o de jóvenes adultos, muchos en efecto la han leído pero a menudo lo que sucede es otra cosa: muchos *creen* sinceramente haberlo hecho, cuando no es así. La razón es que se han apropiado de las nervaduras que constituyen el armazón del mito. En buena parte, la grandeza de *Madame Bovary*, *Anna Karenina*, *Don Quijote*, *Hamlet*, *Robinson Crusoe*, *Sherezade* o *Simbad el Marino* estriba en que viven fuera de la página, en el mundo, y lo que son y representan nos afecta de manera directa en nuestras vidas. Paradójicamente, la lectura de los libros de los que se han escapado sus personajes podría tener como consecuencia una distorsión del arquetipo, la deformación o incluso la destrucción del mito. En el caso del *Ulises*, el personaje central está levemente desdibujado porque además de ser él mismo todos somos un poco Leopold Bloom.

Al escribir este prólogo me pregunto cuál será la relación de quien lo esté leyendo con la novela de

Joyce. Doy por hecho que una gran mayoría está convencida de que el *Ulises* es una obra maestra de la literatura universal, un libro sin cuya lectura nuestra formación literaria es incompleta. Otros, quizá también bastante numerosos, en algún momento habrán empezado a leer el libro con la mejor de las intenciones, viéndose obligados a desistir del empeño, dejándolo para mejor ocasión, aunque probablemente esta no llegará jamás. Me consta, por fin, que hay mucha gente que ha leído y disfrutado el libro sin mayor razón que haberse cruzado por casualidad con él. Es lo que me ocurrió a mí cuando tenía diecisiete años.